



Emaús

Domingo 3 de Pascua
Lc 24, 13-35

1. *“Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos”.*

Había muchos otros caminos que partían también de Jerusalén y, en la tarde de aquel día, muchos caminantes por todos los caminos. Entonces, ¿por qué Jesús se acercó precisamente a aquellos dos? ¿Por qué este privilegio inaudito del cual se hablará hasta el fin de los tiempos?

Ocurrió porque Jesús tuvo compasión de ellos. La compasión de Jesús - nuestra única esperanza. Los dos estaban tan decepcionados, tan tristes, tan desesperados, porque sentían fracasada su vida. Y justamente por eso el Señor quiso acercarse a ellos.

Algún día habían creído, habían deseado servir también ellos a la liberación de Israel. Y Dios los escuchó, como siempre. Pero ellos no se dieron cuenta. Y cuando tuvo lugar la redención, con la muerte de Cristo en la cruz, se desesperaron. Los discípulos de Emaús eran personas que creían creer, que creían esperar, pero al primer choque se desanimaron, se hundieron en la tierra y empezaron a caminar desde entonces en la soledad.

2. **Tal vez nos reconocemos a nosotros mismos en estos dos hombres**, que caminan en la soledad, que se afligen por sus ilusiones perdidas. Y como Cleofás y su compañero, muchas veces nosotros tampoco reconocemos a Él que marcha a nuestro lado, que está tan cerca de nosotros en el momento mismo en que lamentamos su ausencia.

Pero hay una diferencia: ellos están tristes porque lo creen muerto. Nosotros estamos tristes a pesar de que lo creemos vivo. Y además conocemos su promesa hermosa: *“Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 20).

3. *“Entonces a ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron”.*

Los discípulos de Emaús tuvieron que cambiar su actitud para reconocer al fin al Señor. Afortunadamente, se dejaron transformar por Él durante el retiro que les predicó mientras andaban por el camino.

Pero no creamos que Dios los favoreció más que a nosotros: ellos no lo reconocieron más que por la fe: tuvieron que hacer un acto de fe como nosotros. Lo reconocieron en los dos signos de los que también nosotros disponemos: la palabra viva y la fracción del pan.

Así los discípulos aprendieron a reconocer a Cristo en la Eucaristía. Es la misma experiencia que podemos hacer nosotros en esta hora, como en cada liturgia. Cuando nos

juntamos fraternalmente y celebramos la Misa, le hacemos presente a Cristo entre nosotros, en la palabra del Evangelio y en la fracción del pan.

4. El Evangelio tenemos que tratarlo como un libro sagrado. Porque tal como Dios está presente en la hostia, así Él nos habla en su libro. Si lo leemos como si fuera un libro ordinario, sin veneración, sin fe, entonces no nos producirá ningún efecto, no nos concederá ninguna luz.

5. El Evangelio no cuenta solamente lo que sucedió hace más de dos mil años, sino que nos descubre lo que está sucediendo ahora, lo que sucederá siempre. Nos ayuda a reconocer que también para nosotros Dios se ha hecho carne y que habita entre nosotros. El Evangelio es como un espejo, dentro del cual debemos mirarnos. Sólo cuando nos hemos visto en él, empezará a hablarnos este libro.

Además, los discípulos de Emaús nos enseñan no solamente a reconocer a Cristo en su palabra. Nos indican a verlo también en la fracción del pan, la que se realiza cada día en la Eucaristía. Las dos encontraron a Cristo en aquel gesto de entrega, con que les repartió su pan, con que les daba su propia vida. Lo reconocieron en aquel gran amor, con el que sólo Dios puede amar, y que consiste en dar la vida por los suyos.

Y nosotros, ¿hemos reconocido alguna vez al mismo Jesús en la palabra del Evangelio y en la fracción del pan? ¿Hemos llegado a celebrar alguna vez la misa con una hondura tan grande, con una fraternidad tan viva? ¿Nuestra fe fue tan intensa que nos dimos cuenta de que sólo Dios podía amarnos y unirnos de esa manera tan profunda?

Queridos hermanos, la mayor avenida del mundo es el camino de Emaús: todas las moradas de los hombres se abren hacia ella. Pasa por delante de nuestra puerta, y cada día es posible el encuentro. Sólo depende de nuestro anhelo, disponibilidad e invitación.

Y entonces viene Él, sin ruido, compañero invisible, que viajará a nuestro lado hasta el fin del mundo. Y así, cada uno de nosotros camina, como aquellos dos discípulos, hasta que se acabe el último y definitivo encuentro.

Para nosotros los schoenstattianos este Santuario es nuestro Emaús. Aquí Jesucristo se nos ofrece como el gran compañero de nuestra vida. Lo podemos encontrar:

- En el tabernáculo: en la presencia real y permanente para nosotros.
- En los brazos de su Madre: en la unidad profunda entre Madre e hijo.
- En el crucifijo: como nuestro Salvador que dio su vida por nosotros.

Aprovechemos nuestra visita aquí para estar un rato con Él, el Señor resucitado, compañero de los discípulos de Emaús, gran amigo nuestro de toda la vida...

¡Qué así sea!
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt